

barbero, y cogiendo una almohada trató de ahogar á su esposo con ayuda del de Orbendas que se subió encima de él. Flavy gritó, llamando á sus criados, y entonces el bastardo lo degolló, huyendo después con el barbero. Cuando la servidumbre entró en la habitación encontró á Blanca, cubierta de sangre, sentada todavía sobre la cara de su marido, porque su vestido estaba arrollado alrededor del cuerpo de Guillermo de Flavy y no había podido levantarse. Aquella mujer halló medio de reunirse con su amante y casarse con él: los hermanos de la víctima les hicieron prender, pero merced á mil doscientos escudos oportunamente ofrecidos á un favorito del rey, Andrés de Villequier, logró Blanca de Aurebruche letras de remisión, y Pedro de Louvain, en gracia de sus pasados servicios, fué perdonado y armado caballero durante la campaña de Guiena.

La familia de Flavy se vengó por sí misma. Primeramente entró en tratos con dos espadachines, un tal Doubte y un ex sacerdote llamado Pedro Fremery, quienes acometieron á Pedro de Louvain, sin lograr matarle, y fueron ahorcados. Los Flavy permanecieron algún tiempo encerrados en el Châtelet, pero cuando recobraron la libertad acosaron de nuevo á su enemigo y al fin Raúl de Flavy le encontró en 1464 en un bosque y le dió muerte con sus propias manos. Uno de los últimos documentos que nos informan acerca de este asunto nos presenta á Blanca de Aurebruche «desolada y falta de consejo y cargada con ocho hijos pequeños,» pidiendo á Luis XI un plazo para prestarle homenaje, porque, dice el rey en letras del 18 de agosto de 1464, «no se atreve á salir de su palacio porque el dicho Flavy se ha jactado y se jacta de que la matará junto con sus diez hijos, como ha hecho con Louvain (1).» Por fin, Raúl de Flavy fué desterrado del reino, y sin duda Blanca de Aurebruche vivió desde entonces tranquilamente: el rey la protegía, y los contemporáneos, moralmente estragados, ya no se asombraban de nada.

Las obras literarias de mediados del siglo xv son en gran parte violentamente hostiles á las mujeres. En este punto la crítica de los documentos resulta particularmente delicada para el historiador. Es evidente que no hay que hacer gran caso de las «farsas,» pues estos retratos, á veces ingeniosos y divertidos, rayan en caricaturas; y los sermones, las obras edificantes y los opúsculos de polémica contienen, como siempre, la descripción exagerada, ennegrecida, de los defectos femeninos. Tampoco puede el historiador sacar nada de las *Cent Nouvelles nouvelles* (Cien novelas nuevas) escritas sobre el modelo de los cuentos italianos, obra más bien de imaginación picaresca que de observación. Más valor ha de concederse, sin duda, al libro de los *Quinze Joyes de mariage* (Quince placeres de matrimonio), que es la obra maestra de la prosa francesa de aquella época: ese cuadro tan notable de las costumbres de la clase media y de la pequeña nobleza es debido á un psicólogo serio y profundo, pero amargamente misántropo y sobre todo misógino. «La mujer más sabia del mundo, dice, en lo que toca al sentido, tiene tanto como yo oro en el ojo.» El célibe que se casa se parece al hombre libre que, «sin necesidad encuentra la entrada de una cárcel es-

(1) Documento publicado por M. Bonnassieux, «Bibliothèque de l'Ecole des Chartes,» 1876, pág. 60.

trecha, dolorosa, llena de lágrimas, de gemidos y de angustias y se mete dentro.» A veces es víctima de una maquinación infame: atraído por las truhanadas de una madre «que sabe todo el Antiguo Testamento y el Nuevo,» se casa con una muchacha cuya virtud ha sido averiada por «un pobre clérigo» ó por un hombre casado á quien no se puede pedir una reparación, y tiene su primer hijo á los dos ó tres meses de la boda. Lo mismo da que se case con una soltera que con una viuda; por lo general su mujer busca todos los medios de contrariarle, se niega á recibir á sus amigos y muele á palos á los hijos que él prefiere; no le agradece los trabajos que se toma y se lamenta sin cesar de su suerte; le arruina con sus gastos, su lujo vanidoso y sus trajes, y si él le niega un vestido, antes se prostituirá que prescindirá de éste. Para engañarle y embrutecerle, encuentra la connivencia de su madre, de los criados y de las vecinas, y si el marido, por casualidad, ha sabido domarla, cuando él se vuelve viejo ella toma el desquite: ahí está el infeliz baldado, clavado en su butaca; entonces su mujer se vengá: le encierra en su cuarto, le priva de todo, y «dice á todo el mundo que el buen hombre se ha vuelto niño;» se entiende con su hijo mayor para gobernar la casa á su antojo «y el hijo trabaja para que se ponga al buen hombre bajo curatela.» En esta serie de quince cuadritos, vigorosos y crueles, el viejo novelista atribuye á la mujer de su época todas las bajezas y todas las ferocidades; sin embargo, antes de terminar su libro, tiene algunas palabras de compasión para ella y de severidad para el que la hace hipócrita y mala: los hombres, dice, causan á las mujeres «grandes perjuicios, agravios y opresiones, generalmente por sus fuerzas y sin razón porque son débiles é indefensas por naturaleza.» Había sabido ver que en una sociedad en donde tantas mujeres nada valían, muchos hombres tampoco valían gran cosa.

## II.—La aristocracia. Vida de castillo y vida de corte (2)

No tenemos libros de cuentas que nos den á conocer, por lo que á esa época se refiere, la vida, las ideas

(2) FUENTES.—*Lettres de Marie de Valois*, publicadas por Marchegay en «Annuaire de la Société d'émulation de la Vendée,» 1874; «Revue des Sociétés savantes,» 4.ª serie, tomo IX; «Bulletin de la Société archéologique de Nantes,» tomo X. El mismo Boletín, tomo XIII, cartas de Juana de Orleans, condesa de Taillebourg, también interesantes.—Las crónicas borgoñonas (sobre todo las memorias de Oliverio de la Marche) y la *Histoire de Gaston IV*, de Guillermo Leseur. *Le livre des faits de Jacques de Lalaing*, publicado por Kervyn de Lettenhove en el tomo VIII de las Obras de Chastellain. *Traicté de la forme et devis comme on faict les tournois* (colección de obras de Antonio de La Sale y otros; diez y seis reproducciones en miniaturas del siglo xv), publicado por B. Prost, 1878. *Oeuvres du roi René*, edición (poco crítica) de Quatrebarbes, 1845-1850. De Laborde, *Les ducs de Bourgogne*, 1849-1852 (colección de documentos; el tercer tomo está consagrado á la casa de Orleans; estos documentos han sido analizados por Douet d'Arcq: «Bibliothèque de l'Ecole des Chartes,» tercera serie, tomos I y IV).

OBRAS DE CONSULTA.—Em. Rousse, *Les Sully de la Roche-Guyon*, 1898. A. de Bellecombe, *Histoire des seigneurs de Montpezat*, 1898. De Barante, *Histoire des ducs de Bourgogne*, edición Gachard, 1838. J. Forster Kirk, *Histoire de Charles le Téméraire*, traducción Flor-O'Squarr, tomo I, 1866. E. Lameere, *La cour de Philippe le Bon*, «Annales de la Société d'archéologie de Bruxelles,» 1900. E. Picard, *La vénerie et la fauconnerie des ducs de Bourgogne*, «Mémoires de la Société Eduenne,» 1880. Courteault,

y las costumbres de la alta nobleza rural (1). A buen seguro que no pensaba en llevar libro de cuentas aquel Raimundo Bernardo II, señor de Montpezat y de Madaillan, que se pasó la vida guerreando contra sus vecinos y espantando con sus devastaciones á los pequeños nobles, á los monjes y á los aldeanos del Agenais. Y hubo indudablemente á fines del reinado de Carlos VII otros muchos barones bandidos cuyos instintos de rapiña habían sobrevivido á los tiempos de los desolladores y de la guerra inglesa.

La vida de la clase aristocrática en el siglo xv la co-

muerte de su marido. Ana de Apchon disputa con dureza á una multitud de competidores los bienes de su esposo, el vizconde de Narbona, que se ha vuelto imbecil, y abandona al infeliz á la crueldad de los criados. «Cuando el vizconde estaba junto al fuego y se calentaba, los servidores de su esposa calentaban un bastoncito y le golpeaban con él y le quemaban los dedos con gran vilipendio é irrisión del dicho vizconde.»

Tenemos muy pocos documentos que contrarresten todas estas infamias, lo cual se debe primeramente á que el mal es siempre más conocido que el bien, y en



Recepción de un rey y de su comitiva en un castillo. Miniatura de la obra *Miracles de Notre Dame*, de Juan Mielot. (Biblioteca de la Universidad de Oxford.)

nocemos especialmente por los documentos judiciales que sólo pueden presentárnosla bajo un aspecto triste. Estos documentos nos describen, por ejemplo, á la dama de Estouteville, después de la muerte de su infiel y avaro esposo, despojada de sus bienes por sus hijos y abandonando el castillo en donde los ha dado á luz, perseguida por sus injurias y «no llevándose otra cosa que su vestido, roto por el codo.» Luis de Amboise, vizconde de Thouars, suegro del duque de Bretaña, vive en concubinato con tres hermanas y deja que éstas maltraten á su esposa legítima, María de Rieux. Luis de Montmorency quiere matar á su hermano Juan por haber éste obtenido de su padre un testamento en su favor. La dama de Astarac deja perecer á los dos bastardos á quienes da á luz algunos años después de la

*Gaston IV*, 1895. Lecoy de la Marche, *Le roi René*, 1875. Quicherat, *Histoire du costume*, 1875. Viollet-le-Duc, *Dictionnaire du mobilier*, 1868-1875, 2.ª edición.

(1) En defecto de libros de cuentas, encontramos algunos informes concisos en los registros de cuentas. M. Samaran ha utilizado los registros del recaudador de Fezensaguet para describir *La vie de château en Gascogne au XV<sup>e</sup> siècle*, en las *Mélanges d'histoire meridionale dédiés á M. L. Couture*, 1902.

segundo lugar á que en realidad la alta sociedad de aquel entonces era eminentemente brutal y corrompida. La correspondencia de María de Valois, delicada y preciosa colección, nos pone, sin embargo, en presencia de un matrimonio fiel y unido. María de Valois, hija segunda de Carlos VII y de Inés Sorel, se casó en 1458 con un gran señor que frisaba en los cuarenta años, Oliverio de Coetivy, senescal de Guiena, hermano del cardenal Alain, y durante el reinado de su hermano Luis XI, que detestaba en ella el recuerdo de Inés, pasó en unión de su marido días de dura prueba, y hasta fué arrojada de su querido castillo de Taillebourg, en donde había sido educada. Las penosas tribulaciones de su existencia, las fatigas de numerosos partos que debían llevarla al sepulcro á la edad de treinta y siete años, no entristecen en lo más mínimo las deliciosas cartas escritas á Oliverio de Coetivy durante las largas ausencias que los separaban. Aquellas cartas son otros tantos billetes afectuosos en que le habla de su jardín, le pide perifoneos para embellecerse y le da noticias de sus hijos. El día último de febrero de 1464, anuncia á su esposo el nacimiento de su segundo hijo:

«Complaceos en saber que el primer viernes de cua-



resma le plugo á Dios hacerme gracia y concederme un hermoso hijo á cosa de las ocho de la noche, el cual hijo es tan hermoso que maravilla. Pero, monseñor, como sabéis, no hay que maravillarse de que sea hermoso porque todo el mundo dice que se os parece mucho y por consiguiente no podía ser otra cosa. Y creo que me debéis alabar por haberos hecho dos hijos tan bellos uno después de otro. Si fuese una niña, diría de ella todos los males del mundo en vista del trabajo que me ha ocasionado; pero es un niño y me avergonzaría de quejarme de ello.»

En lo más fuerte de las persecuciones reales, habla alegremente de su hija Margarita, que «tiene siempre buen pico» y se burla de «algunos quince aldeanos» que tienen la pretensión de sitiar el castillo. Aquella bastarda del triste Carlos VII, mujer de talento, sencilla y animosa, vivía en el campo rodeada de sus hijos, en medio de la naturaleza, lejos de la nobleza fastuosa é insolente que llenaba las cortes de los príncipes y que es la única que los cronistas del siglo xv han considerado digna de figurar en la historia.

La corte del rey y las de los barones se habían convertido en sitios de atracción para la nobleza; los hijos de familia las escogían con preferencia para servir de pajes y acostumbrarse á las buenas maneras, y por otra parte la vida cortesana era para los ambiciosos el camino más seguro para llegar á la fortuna. El número de empleos inútiles aumentaba sin cesar, como para estimular más la codicia. Agréguese á los parásitos habituales los huéspedes de paso, los viajeros ilustres á quienes, lo propio que á su séquito, se recibía con toda pompa, y los caballeros andantes ganosos de gloria, y se tendrá una idea de la brillante y animada reunión que formaba una corte de príncipe á fines del siglo. Aquella relumbrante sociedad cortesana se había formado desde fines del siglo xiii, mas no llegó á la plenitud de su desarrollo hasta el final de la guerra de Cien Años, durante la cual tan lamentable papel había desempeñado. Nuestros poetas románticos han apreciado la Edad media al través del prisma del fausto y de las proezas de aquella sociedad, digna de estudio porque la grosería profunda del hombre del siglo xv no desaparecía debajo del barniz del «honor mundano» y las reglas de la cortesía no eran en modo alguno un freno para la violencia de las pasiones. La vida caballeresca nos ofrece un perpetuo contraste entre una etiqueta ya minuciosa y afectada y la brutalidad de las costumbres, entre una legislación pedantesca del pundonor y la inmoralidad más patente, entre el lujo y la suciedad.

La corte más brillante de Europa á mediados del siglo xv era la de Felipe el Bueno, duque de Borgoña; ninguna región, en efecto, era más rica que los Países Bajos, que le pertenecían, y Felipe era el más pródigo de los hombres. Su reinado fué un deslumbramiento continuo, y su corte, como más adelante la de los reyes de Francia, fué el punto de reunión de los señores de sus inmensos dominios, que imitaban sus vicios y disipaban su patrimonio en gastos extravagantes. En cambio, Felipe el Bueno toleraba sus peores insensateces, casábalos con ricas herederas y los colmaba de títulos, de prebendas y de pensiones.

Su corte fué verdaderamente la precursora de la de

Versalles; en ella todo estaba dispuesto para realzar la majestad del príncipe, y allí se inventó ó por lo menos se desarrolló la etiqueta de las monarquías cristianas. Los duques de Borgoña, desde que se levantaban hasta que se acostaban, vivían rodeados de sus funcionarios y de sus huéspedes, todos los cuales debían conformarse con los «estatutos ordenados y debatidos por los grandes príncipes y nobles y también por los heraldos y reyes de armas.» Así habla madama Alienor de Poitiers en su tratado de los *Honneurs de la Cour* (*Honores de la Corte*), código de las reglas de buena educación observadas en la corte de Felipe el Bueno (1). La crónica de Oliverio de la Marche y las relaciones oficiales nos demuestran que esas leyes se aplicaban. Carlos el Temerario fué el hombre más ceremonioso. Notemos, sin embargo, que aquella etiqueta tan rigurosa admitía realidades muy groseras; léase en prueba de ello la descripción que el autor del *Curial* nos ha dejado de la vida de la corte en el siglo xv: «La sala de un gran príncipe, escribe, es comúnmente infecta y está calentada por el aliento de las personas. El portero golpea con su vara las cabezas de los que allí se encuentran (2).»

El traje es muy caro y muy incómodo. Juan Juvenal dice que «el vestido de una dama ó de una señorita de la corte es la renta de un ducado ó condado.» El lujo de los trajes masculinos, de las armas y de los arneses de los caballos excede á cuanto pueda imaginarse. Nunca las modas fueron tan molestas como en aquel entonces: las mujeres llevaban el *hennin*, gorro cónico montado sobre un armazón de alambre de 70 á 80 centímetros de alto; los hombres llevaban túnicas cortas y ceñidas é interminables zapatos puntiagudos. «Los nobles, exclamaba un contemporáneo, parecen ahora monos y no se avergüenzan de estar así desfigurados, enseñando el vientre y el trasero, sin tener rubor ni vergüenza, y con los pies de tal manera retorcidos. No veo en todo ello más que la figura del enemigo de infierno (3).»

El mueblaje de los grandes señores tenía un valor enorme. La vajilla de Felipe el Bueno representaba 30.000 marcos de plata, y sus tapices de Flandes constituían un tesoro inestimable. Y sin embargo, aquella gente no tenía la menor idea de las comodidades; así las salas habitables eran demasiado vastas y no había manera de preservarlas del frío. Un príncipe tenía tantas residencias, que ninguna estaba completamente amueblada: cuando el duque de Borgoña iba de uno á otro de sus palacios, era necesario transportar una impedimenta inmensa; las «cámaras,» es decir, los tapices, viajaban con él para disimular la desnudez del castillo en que se alojaba. Y á menudo, en el curso de aquella vida nómada que llevaban entonces todos los príncipes, veíanse éstos obligados á permanecer en alojamientos repugnantes.

(1) Este tratado ha sido impreso por Lacurne de Sainte-Palaye, *Mémoires sur l'ancienne Chevalerie*, tomo II, pág. 183, edición de 1759.

(2) *Le Curial*, edición Heuckenkamp, 1899, pág. 21. M. Piaget («Romania,» 1901, págs. 45 y siguientes) ha demostrado, contra la opinión de Heuckenkamp, que *Le Curial* era realmente una obra original de Alain Chartier.

(3) *Vie et miracles de Philippe de Chantemilan*, edición U. Chevalier, 1894, pág. 16.

Las diversiones variaban según los gustos del príncipe: los juegos, los banquetes, los torneos gustaban poco á Carlos VII; en cambio, el conde de Foix Gaston IV y el duque de Borgoña eran muy aficionados á los torneos y á las fiestas. Felipe el Bueno, según asegura el prior Juan Maupoint, «velaba de noche hasta el día y hacía día de la noche para ver danzas, fiestas y otras

Faisán,» dado en Lilla el año siguiente á la toma de Constantinopla por los turcos. El papa y el emperador habían invitado á los cristianos á que se reunieran para una cruzada contra los infieles, lo que sirvió de pretexto á los barones borgoñones y flamencos para interminables festines. El duque tuvo empeño en dar el más magnífico, y el día 17 de febrero de 1454 recibió á sus



Un torneo en la corte de Borgoña. Miniatura de las *Crónicas* de Froissart. (Biblioteca municipal de Breslau.)

diversiones durante toda la noche. Y continuó esta vida y esta manera hasta la muerte.» Los preciosos registros de las cuentas ducales nos dan el detalle de los bailes, juegos, combates de animales y representaciones de misterios y farsas que se sucedían en la corte de Borgoña, y nos describen la famosa galería del castillo de Hesdin, por la que no podían circular los huéspedes de Felipe el Bueno sin ser víctimas de bromas del más extraño gusto, pues había en ella una serie de aparatos y de autómatas, encargados de «mojar á las gentes,» de pegarles con varas y de cubrirlas de harina ó de hollín. Desde la entrada de la galería había «ocho conductos para mojar á las damas por debajo.»

De todas las fiestas imaginadas por Felipe el Bueno, la más locamente lujosa fué tal vez el «Banquete del

convidados en el salón más vasto de su palacio, adornado con preciosos tapices que representaban los trabajos de Hércules. Tres mesas había dispuestas con extraños y lujosos «entremeses» para recrear los ojos y los oídos: la más pequeña ostentaba un «bosque maravilloso, como si fuese un bosque de la India,» lleno de animales que se movían automáticamente; la mesa larga presentaba ocho entremeses, entre ellos un castillo de Melusine de donde caía agua de naranja, y «un pastel dentro del cual estaban veintiocho personajes vivos que tocaban por turno diversos instrumentos;» sobre la mesa mediana veíanse un barco, una fuente, «un niño desnudo sobre una roca que o... continuamente agua de rosa,» y una iglesia que contenía cuatro músicos vivos que cantaban y tocaban el órgano. De cuando en cuando